

CAPITULO VIII.

GÉNOVA.

I.

Entreacto.—El autor *hace novillos*.—Vuelvo á Turin.—Visita al conde de Cavour.—
Teatros.—Viaje á Génova.—Un ferro-carril en los Apeninos.

Génova 8 de diciembre.

Hace mas de quince dias que nos despedimos en Parma, lector amigo, dándonos cita para la mañana siguiente, en que debíamos llegar á Génova; y aun recuerdo que era cosa convenida el dirigirnos á Florencia sin pérdida de tiempo.

Pero el autor pone y el hombre dispone.—Hasta esta mañana no he llegado á Génova, y todavía no he visitado la Toscana.

Pues ¿y estos quince dias? me direis. ¿Dónde los has pasado? ¿Cómo has tardado medio mes en un viaje que debiste hacer en seis horas?

Esto es largo de contar; pero os lo indicaré en pocas palabras.

Es el caso que aquella mañana (la mañana siguiente á la noche que pasamos en el teatro de Parma) amanecí muy mas triste que me había acostado, lo cual no me impidió tomar el primer tren y salir con direccion á Génova, adonde esperaba llegar á la una y media de la tarde.

Para ir de Parma á Génova, el tren-*esprés* pasa por *Alejadria*, ciudad que ya conocemos...

De Parma á Alejadria todo fué perfectamente. Crucé á la vista de Plasencia (*Piacenza*), triste y solitaria capital de otro antiguo ducado; vi á lo lejos el sitio en que existió *Veleya*, ciudad importantísima, sobre la cual se hundieron hace mil y quinientos años los vecinos montes, sepultándola completamente con todos sus habitantes; y por último, llegué á *Casteggio*, en donde el camino empezaba á serme conocido, por haberlo andado, como recordareis, cuando hicimos el viaje de Turin á Milan pasando por Pavia.

Una vez en *Alejadria de la Paja*, el tren hizo alto durante media hora, que yo pasé sentado á la misma mesa en que almorcé veinte y tres días antes.

Hallábame á dos horas de Turin...

En Turin habia españoles; tenia amigos...—y ya os dije en Parma que estaba cansado de viajar solo y de no hablar el idioma patrio.

Por otra parte, un antiguo y excelente camarada mio, de quien ya he hablado otra vez,—don José del Saz Caballero, el compañero de viaje, ó sea el amo del marroquí *Jussuf*,—me habia escrito desde la capital del Piemonte (adonde habia llegado despues que yo parti) diciéndome que pensaba ir á Florencia y Roma y que se alegraría de que hiciésemos juntos el viaje, para lo cual me pedia razon de mi itinerario, prometiéndome salirme al encuentro cuando menos lo pensara...

Ahora bien: Caballero estaba todavía en Turin esperando mi contestacion.

—¿Por qué no he de llevársela yo mismo? me dice entonces. ¿Qué me importan dos horas mas de viaje? ¿No deseo tanto verme entre compatriotas? ¿No tengo necesidad de un compañero, de un amigo? Pues en Turin me lo depara Dios.—Yo le avisaría por el telégrafo... diciéndole que le aguardo en Génova... Pero ¿y si tarda? ¿Qué voy á hacerme allí solo?—¿Y mis otros amigos de Turin? ¿Y Duro? ¿Y la Roca? ¿Y Campredon? ¿Y Escalante?

(El señor Coello habia protestado en nombre de España contra los recientes sucesos, y partido á Madrid con su familia.)

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando ví sobre la mesa la *Gazzetta di Torino*.

En aquel periódico se anunciaba que la célebre actriz *Adelaida Ristori* llegaría á Turin aquella misma tarde, de paso para Rusia, y que antes de partir daría dos representaciones en el *Teatro-Carignano*.

Esta última noticia acabó de decidirme.—Yo no encontraría solamente en la Ristori á la inspirada artista de quien soy fanático admirador, sino también á una noble y antigua amiga, que estimo mucho, y á la cual no habia visto desde 1837.—Dejé, pues, marcharse el tren de Génova; entré en otro que salía en aquel mismo instante con direccion contraria, y dos horas despues me encontraba á las puertas de Turin.

Como ya os he descrito aquella ciudad, pasaré muy de ligero sobre mi segunda estancia en ella.

Solo os diré que durante dos semanas he cambiado un poco de vida y de equipaje; he dejado el estudio de pinturas y de estatuas por el trato y comunicacion con gentes de carne y hueso; he vivido en la sociedad; me he divertido mucho, y he hablado español hasta por los codos.

Para colmo de dicha, he visto representar á la Ristori la *Fedra* y la *Medea*.—La eminente actriz sigue digna de su fama, y los turineses la han oído con verdaderos trasportes de entusiasmo.—A estas horas se encontrará ya en San Petersburgo.



Torre de Pisa.

También he tenido el honor de hablar con el conde de Cavour, á quien me ha presentado nuestro encargado de negocios.

El conde de Cavour, cuya figura os he descrito ya, es tan sencillo y apacible en su trato como en su aspecto y en sus costumbres. Difícil sería hallar una afabilidad como la suya en otro hombre de su importancia y de su celebridad. La mansedumbre de su palabra y el agrado y la paciencia con que escucha á sus interlocutores, tienen algo de frailuno, y perdonádmela la espresion. Se ve que el grande hombre de Estado ha formado ya un juicio inapelable acerca de las cosas y las personas, y que va derecho á su fin, sin gastar pólvora en salvas.

Nuestra conversacion ha girado sobre la actitud de España en presencia de los hechos que se cumplen en Italia, y el señor conde ha sabido distinguir y separar la causa de nuestro gobierno de la causa nacional; la causa nacional de la causa de los partidos; y la causa de estos partidos, de la causa de la dinastía.

Yo no olvidaré nunca estas frases, resumen y compendio de todo lo que me dijo el presidente del Consejo de Ministros de Victor Manuel. — «Si en vez de nacer yo en esta península hubiera nacido en la vuestra, y hubiese llegado á ser allí lo que soy aquí, habria seguido la misma política que estoy siguiendo. La causa de los españoles es la misma que la de los italianos. Tenemos intereses y enemigos comunes. El malestar de Italia era mas apremiante, y por eso hemos principiado nosotros. Ya nos seguireis con el tiempo.»

Mucho mas me dijo; pero yo no debo publicarlo.

Asimismo he tenido el gusto de asistir al estreno de una ópera nueva, titulada *Victor Pisani*. — La música era de un tal *Aquiles Peri*. — El éxito fué desgraciadísimo.

En cambio he aplaudido de todas veras en el teatro Alfieri al famoso actor *Módena*, el primer trágico de Italia. — Representaba la *Claudia* de Jorge Sand.

La buena sociedad turinesa, que empezaba ya á volver de sus expediciones campestres, se reunía por lo regular en el teatro *Carignano*, donde la *Salvioni* seguía bailando la *Esmeralda*.

Pero mi espectáculo favorito en Turin ha sido la magnífica coleccion de fieras del célebre *Mr. Charles*, establecida en sólidas jaulas en una plaza del *Borgo nuovo*. — Los rugidos de los leones se oían en todo Turin durante el silencio de la noche, y rara ha sido la mañana que no he ido á ver al domador darles de comer y enseñarles algunas habilidades. Entre los animales mas bellos y terribles de que me ha hecho amigo el amabilísimo *Mr. Charles*, figuraban tres leones (uno de ellos árabe, digno de acompañar á San Gerónimo); dos leonas; un hermoso tigre de Bengala sumamente grande; un oso blanco y otro negro, que se aborrecían de muerte; un elefante enorme, pero muy tratable y afectuoso, y la familia de monos mas divertida y malvada que he conocido en parte alguna.

— Los leones se doman por hambre... me he dicho un dia; y el hambre no consiguió domar á los habitantes de Numancia. — Hacen, pues, mal los poetas en comparar con el leon al hombre fuerte.

Ni han quedado aquí mis *paralelos* entre los irracionales y la raza humana.

— La honradez del elefante, la sagacidad y los vicios del mono, la ferocidad del tigre, la hipocondría de la hiena, la ternura imbécil del oso, la abnegacion sublime del perro, y otros muchos afectos, instintos y hasta pasiones que he estudiado detenidamente en la vida privada de la compañía de *artistas* que enriquece á *Mr. Charles*, me han dado asunto para todo un libro, que escribiré con el tiempo, cuando haya completado y madurado mis ideas acerca de los que llamamos brutos.

Por las tardes, he admirado desde la *Plaza de Armas* el magnífico y siempre nuevo panorama de los Alpes, cubiertos ya de nieve hasta su anchurosa falda. ¡Cuántos y cuántos sitios de los que yo recorrí en octubre son ahora inaccesibles ó han desaparecido bajo masas enormes de nieve y hielo!

Finalmente, hoy, dia de la Concepcion, he sacudido la pereza y el irresistible hechizo que me retenían en una ciudad tan monótona y triste, al decir de algunos, y tan agradable y deliciosa, en mi opinion, como la capital del Piamonte, y acompañado de mi amigo Caballero y de *Jussuf*, del inimitable *Jussuf*, ha reanudado mi viaje, firmemente resuelto á pasar la Noche-Buena en Roma.

Del camino que enlaza á Turin y Génova, ya conoceis la mitad, ó sea hasta Alejandria.

Al llegar por tercera vez á aquel centro estratégico de mi viaje, saludé el vasto horizonte que se dilatava á mi izquierda. — Por allí me habia alejado cuarenta dias antes: aquel cielo cobijaba á Pavia, á Milan, á Verona, á Venecia, á Pádua, á Ferrara, á Bolonia, á Módena, á Parma... ¡á tantas y tantas ciudades como habia recorrido solo y triste; pero cuyo recuerdo me era ya tan grato! — Esta vez dejé partir el tren que iba á atravesar en breves horas aquellas ciento veinte leguas de amenos campos y de maravillas de arte, y seguimos hácia el Mediodía en el mismo coche que nos sacó de Turin.

Pronto pasamos por *Novi*, rica ciudad, á cuyas puertas fueron vencidos los franceses en 1799, es decir, cuando ya empezaban á acostumbrarse á vencer á todo el mundo.

A pocas leguas de Novi, el camino de hierro principió á engolfarse en los Apeninos. — ¡Al fin iba á atravesar aquella azulada cordillera que habia estado viendo constantemente á mi derecha cuando recorría la via Emiliana!

Al llegar á *Arquata*, encontramos ya cercados por los montes, cuyas mas altas cimas se levantaban delante de nosotros como cerrándonos el paso. — Desde *Arquata* á Génova solo hay siete leguas; pero estas siete leguas puede decirse que constituyen el espesor de un muro de granito, al través del cual tiene que abrirse camino la locomotora.

Los trabajos practicados para salvar tan enorme obstáculo son verdaderamente admirables. El camino de hierro es una sucesion de largos túneles, de terraplenes inmensos, de fabulosos desmontes, de puentes atrevidísimos, de viaductos ciclopeos, de edificaciones de titanes. ¡Y cuán bellas, cuán sorprendentes son todas estas obras en el seno de una salvaje naturaleza; entre peñas y árboles, bajo nieves eternas, sobre torrentes impetuosos, al lado de los abismos, en

los flancos de descomunales rocas, en el corazón de gigantescas montañas.— Para vencer de esta manera la tenaz resistencia del áspero Apenino, diríase que el hombre ha dispuesto del terremoto.—Atlas y Hércules no hubieran bastado á tamaña empresa.

Después de haber admirado los Alpes, encuéntranse pequeños los panoramas del Apenino. Sin embargo, son sumamente pintorescos, aunque por un estilo diferente. Los Alpes, con ser más abruptos y poderosos y estar cubiertos de un eterno sudario de nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz; no sé qué paz y alegría; no sé qué luz gozosa que aleja todo terror del hombre que vaga por sus más ocultas soledades. Los Apeninos, hijos de los Alpes, son tristes y severos, oscuros y misteriosos. En ellos, más que la solemne melancolía y angusta soledad de las grandes eminencias, se advierten los tormentos de un corazón atormentado por hondas convulsiones. Los Alpes nos muestran su frente encanecida que se levanta al cielo, libre ya de todo recuerdo de la tierra. Los Apeninos nos dejan ver sus desgarradas entrañas, palpitantes de miedo y de dolor. Aquellos son como un anciano feliz: estos, como un joven sin ventura ni esperanza. Los Alpes representan un edificio levantado por todo el poder de la naturaleza. Los Apeninos, las ruinas de una comarca, los resultados de un cataclismo espantoso, la obra de la destrucción.

Volviendo al camino de hierro, enumeraré rápidamente los trabajos que más llaman la atención en él.

El primer túnel que se encuentra es el de *Pietra Bissara*, de 682 metros. Luego se pasa una garganta estrechísima entre dos montañas casi verticales. Para cruzar aquel barranco, ha sido menester levantar una altísima calzada de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de un torrente, y hacer luego un puente de cincuenta metros de luz, á fin de saltar de una montaña á otra.—En seguida se repiten los viaductos y llegan tres túneles sucesivos, uno de 838 metros, otro de 440, el tercero de 708, enlazados por temerarios puentes, que conducen á la famosa *Galería dei Givi*. Esta galería ó túnel, tiene cerca de una legua de largo y se halla construida á 1,200 pies sobre el nivel del mar.— Cuando se sale de ella, empieza á bajar el terreno; pero tan rápidamente, que no se conoce ferro-carril de una inclinación semejante.—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca distancia de Génova; pero á una grande altura sobre la ciudad.

Así es que al salir de un último túnel de 714 metros, se abre el horizonte, y se halla uno con Génova y el mar debajo del camino; pero tan próximos y tan distantes al mismo tiempo, que no se comprende como podrá el convoy llegar á la ciudad, si no se hunde por escotillon.

Y lo que sucede es que el ferro-carril traza entonces una amplia curva en torno de los montículos en que se asienta Génova, pasando por encima de los tejados del barrio *delle Grazie*, hasta que al fin logra encontrar acceso en la ciudad de los Doria por su extremo occidental.

II.

Vista de Génova.—Recuerdos históricos.—Cristóbal Colon.—Paseos por la ciudad.—Los garibaldinos.—Una *manifestación pacífica*.—Me embarco para la Toscana.

La gran vista de Génova, dicen, es la que se goza cuando se llega por mar á su magnífico puerto.—Ya tendremos nosotros ocasión de contemplarla de este modo, cuando regresemos del viaje que vamos á emprender al Mediodía.—En cuanto al panorama que ofrece la ciudad á los que llegan por tierra, es también sumamente bello, á lo menos para mi gusto.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino; esto es, poco más de dos leguas antes de entrar en Génova, principian á aparecer por todas partes, así en las cumbres de la colina, como en las verdes soledades de los barrancos, hermosísimas casas de recreo, pintadas de los más vivos colores, palacios campestres, graciosas quintas, aldeas enteras compuestas de jardines y soberbios edificios...

Todas estas viviendas, diseminadas en las suaves estrivaciones de los montes, sirven de refugio á la aristocracia genovesa en la estación del calor.—La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras, y hasta composiciones, que producen el más singular efecto en medio de los pomposos árboles, de las rocas y de las aguas despeñadas.—Es la primera vez que he visto la pintura asociada á la agreste naturaleza.

Para llegar á la estación, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos palacios y por encima de los techos de humildes casas. Desde aquellas alturas se ve la capital de la antigua Liguria, escalonada en anfiteatro entre el mar y el Apenino; apretada por las murallas y las olas; semejante á las ruinas de un inmensurable circo de mármol. La *arena* de este circo es el puerto, casi cerrado, dentro del cual se ven millares de buques de todas las naciones del mundo. Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las estendidas aguas del golfo.

Una vivísima luz, un esplendente cielo una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revelan al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa, que reflejan algo del opuesto litoral africano; en una Málaga, en una Marsella ó en un Nápoles; en un pueblo levantisco, en fin, animado por el comercio, enriquecido por las olas, amigo, si no dueño, de otras muchas poblaciones marítimas situadas en apartados mares, como lo fueron Pisa, Venecia y Cádiz y antiguos puertos fenicios y los cartagineses.

Y al mismo tiempo que la fisonomía material de Génova, veis, con los ojos de la imaginación, su fisonomía histórica.

La ciudad en que entráis es Génova *la Soberbia*, emporio del comercio